

Comentarios mínimos a las *Mínimas minificciones mínimas* de Agustín Monsreal

Lauro Zavala

Antes de iniciar los comentarios sobre *Mínimas minificciones mínimas* de Agustín Monsreal conviene recordar las muy notables diferencias que existen entre el trabajo de un crítico y el trabajo de un analista. Pues mientras el trabajo de un crítico literario consiste en producir juicios de valor acerca de un libro, en cambio el trabajo de un analista (como yo) consiste en reconocer cuáles son las características formales y temáticas que distinguen los textos de un escritor de los de cualquier otro.

Un escritor es también un crítico literario. Es por eso que las antologías elaboradas por los escritores y por los críticos nos dicen más sobre los gustos y las fobias de ese mismo crítico que sobre las características de un autor, un género o un periodo. En cambio, las antologías elaboradas por los analistas y los teóricos de la literatura son el resultado de un estudio cuidadoso de los rasgos que distinguen el estilo de un escritor de cualquier otro.

Mientras los críticos presentan su visión personal acerca de un escritor, y hablan interminablemente sobre su relación personal con él, en cambio a los analistas nos interesa escuchar la voz del escritor, mostrar sus textos y exhibir sus rasgos particulares. El crítico habla sobre sí mismo en relación con los textos de un autor, mientras que el analista

habla sobre los textos del escritor en relación con un modelo teórico que se desprende de una lectura minuciosa.

Así, al presentar un libro nuevo, el crítico elabora una crónica de sus reacciones durante la lectura, mientras que el analista selecciona aquellos textos que le resultan más significativos del estilo y los contenidos temáticos del volumen. Mientras el crítico hace una crónica de sus emociones, el analista propone cartografías, establece tipologías y señala las genealogías que permiten ubicar a un escritor en el contexto al que pertenece.

En síntesis, el crítico propone un sistema de metáforas para recibir un texto, mientras que el analista establece una tipología que permite a sus lectores tener una idea de los rasgos que distinguen un escritor.

Cuando leemos un crítico, conocemos más sobre el crítico. Cuando leemos un analista, conocemos más sobre el escritor. Y para lo demás, está Wikipedia.

A partir de esta distinción, en lo que sigue voy a presentar una tipología temática de los textos contenidos en *Mínimas minificciones mínimas* de Agustín Monsreal.

Este libro está formado por una serie de 348 textos con una extensión que va de una línea a cuatro líneas. Se trata, entonces, de casi un texto para cada día del año, que podrían ser leídos antes del desayuno. En estos textos mínimos encontramos algunos de los principios que caracterizan a la minificción, como el género más reciente de la historia de la literatura. Son textos genéricamente híbridos, a la vez aforísticos y narrativos, teatrales y lúdicos. En cada uno de ellos, la brevedad produce la mayor complejidad textual, construida con el empleo de la ironía, la paradoja y el juego.

En consecuencia se podría decir, aludiendo a un conocido aforismo medieval: a menos ruido, más nueces.

Este volumen se abre con las «Confesiones de un minificcioadicto», donde se nos cuenta lo que le ocurre al autor por minificcionar todo el tiempo. Ahí el autor se describe a sí mismo como «turbio y torvo», «inestable atropellado

traidor y fugitivo minificciópata». Esta afición desmedida por la minificción termina llevando al autor a «un triste resentido fenómeno de desfallecimiento en las relaciones laborales académicas domésticas apareativas». Pero también es ahí donde se nos informa que este estado provoca:

[...] los ultimátums y penultimátums de nuestros seres queridos que claman dónde quedó aquel hombre justo y comprensivo, noble y gentil, dulce y generoso, amenazan tres noches en lecho duro al granuja, ruegan tienes que dejar de minificcionar; tú puedes hacerlo, haz tu mejor esfuerzo, jerimiquean lo que pasa es que no quieres, no tienes cariño ni voluntad, no te importamos ni tus hijos ni yo, como si se tratase de blandura de carácter, como si fuese cosa de querer y ya, y los amigos igual, ya déjate de andar con tus minificcionerías, carajo, ya no eres un adolescente [...] (30)

Los temas de este libro son el deseo, el tiempo y la escritura literaria. Y por su naturaleza minificcional, es necesario leerlos al menos dos veces para apreciar su sentido original.

Con frecuencia encontramos las exploraciones y los hallazgos propios de los juegos de palabras:

ACTO DE BONDAD

Cuando decidió irse, me parió el alma (47-3).

También en estos textos encontramos reflexiones sobre el irreversible paso del tiempo:

EL SENDERO DE SEDA

Cada día, uno se aleja más de lo que fue. Cada día se acerca más a lo ya no será (74-3).

En otras ocasiones encontramos definiciones escritas a contracorriente:

POR AMOR AL ARTE

Se le llama música de la época al ruido con que esta generación se ensordece (71-2).

Y, como suele ocurrir en un libro de minificciones, con frecuencia encontramos textos metaficcionales, es decir, sobre el proceso de la escritura y la lectura:

COPY RIGHT

Nadie sabe para quién escribe hasta que se ve plagiado (57-3).

Con mayor frecuencia encontramos variaciones sobre el deseo por la mujer de los sueños. Ella aparece y desaparece en distintas versiones:

SOS

Volvió locos a mis ojos con un abrir y cerrar de piernas (54-3).

En muchos de estos textos la visión sobre el matrimonio es claramente irónica:

BORDADO DE HADAS

¡Cuidado! Si te descuidas, esa mujer única, extraordinaria, digna, perfecta, se puede convertir en tu esposa (92-1).

En muchos de estos textos, el humor provoca la sonrisa de un lector cómplice, al apoyarse en la estructura de la revelación final:

VIRGEN DESVESTIDA

Después de buscar y buscar al hombre con el que había tenido tantos y tantos sueños eróticos, finalmente me encontró (97-4).

En el centro de esta cosmogonía aparecen las piernas de la mujer:

POBRECÍA

Sus piernas son exactas, virtuosamente proporcionadas, de firme abolengo, en una palabra, estupendas. Lástima que sólo sean dos (104-1).

En otras ocasiones, la poesía de lo cotidiano y lo terrenal ocupa un lugar privilegiado:

PERDER EL SUEÑO

Te has convertido en la tierra de mi maceta; en la ardilla de mi jardín; en el poste de luz de mi esquina preferida, en mi puerta siempre abierta, esperándote (117-4).

En este universo personal, la enumeración de las virtudes de una mujer es una pieza central:

EL TEMA DE LOS PORFIADOS

Son tres las cualidades que un hombre aprecia en una mujer: Que sea honesta; que sea inteligente, y que esté muy buena. Las dos primeras son prescindibles (119-1).

Por último, el erotismo de este credo lleva a la creación de un nuevo evangelio:

EL UYUYUY UNO

Bienaventuradas las mujeres porque de ellas es el reino de mi cuerpo.

EL UYUYUY DOS

Dejad que las mujeres se vengan en mí.

En breve, estamos ante una serie de aforismos, reflexiones, viñetas y hallazgos sobre el matrimonio, el deseo, la memoria y el amor loco, donde se integran la poesía y la ironía, la ternura y la escatología, el humor y el erotismo, en dosis exactas gracias al empleo de la palabra precisa.

Bienvenidos al universo portátil de Agustín Monsreal.

Lauro Zavala

Agustín Monsreal, *Mínimas minificciones mínimas*, Puebla, Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, 2015, 140 pp.